

CONSEJO DE REDACCION

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), P. Sergio Schmidt (Mendoza), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

<i>La fe</i>	3	
<i>Hans Urs von Balthasar</i>	5	Testimonio y Credibilidad
<i>Lucio Florio</i>	13	La fe como camino trinitario
<i>Alberto Espezel</i>	27	Cristo, centro de la fe
<i>Avery Dulles</i>	33	La dimensión eclesial de la fe
<i>M. Cándida María Cymbalista</i>	49	Fe y oración cristiana
<i>Lucía Piossek Prebisch</i>	61	Marcel a través de su teatro
<i>Jean-Pierre Batut</i>	77	Sobre un libro de Albert Camus recientemente hallado
<i>Karl Lehmann y Hans Maier</i>	87	Testimonios

Testimonio y credibilidad

por Hans Urs von Balthasar^(†)

El Testimonio Humano

El propósito de estas líneas es teológico, pero la teología necesita de una base antropológica. Sólo un ser libre puede dar testimonio, y porque él es libre éste puede ser falso (“tú no debes dar falso testimonio” Mt. 19, 18), ello en razón de dos fundamentos: o se miente o se dice de buena fe algo que no es verdadero. Siempre el testimonio prestado en base a un estado de cosas distinguido por el sujeto que habla. Donde éste es falseado voluntariamente, domina la mentira; ella es imputada a Jesús por los judíos, pero también a los judíos por Jesús (Jn. 8, 44 ss.). Cuando es reconocido como de buena fe, el que presta testimonio puede ser subjetivamente confiable. Muchos soldados han muerto por la causa de Hitler; los valores por los que ellos dieron su vida, les parecían más valiosos que ésta. No de otro modo moría un guerrero griego por su polis, un musulmán, que honraba por su muerte al Dios del Corán. También el martirio sangriento, el tormento no es ninguna prueba para la verdad objetiva de aquello por cuya causa se sacrifica.

También se debe primero pensar en presencia de una vida cristiana —o de su testimonio de sangre— el que da testimonio muestra con ello sólo que *para él* el valor de aquello por lo cual su vida se ofrece, vale como valor más alto que ésta, acaso como lo más alto que él puede percibir.

La crucifixión de Jesús era una entre miles. Para sus enemigos él moría por un valor imaginario. Los judíos atentaban contra su vida, “porque él llamaba a Dios su Padre y así se igualaba a Dios” (Jn. 5, 18). “No escribas: ‘Rey de los Judíos’, sino que él ha pretendido: yo soy el Rey de los Judíos” (Jn. 19, 21). En el hecho cuando “Cristo Jesús que bajo Poncio Pilato rindió tan solemne testimonio” (I Tim. 6, 13), parece ante los contemporáneos y ante los no creyentes hasta hoy que aquí ofrece la misma estructura de testimonio que en todos los restantes casos humanos: el de uno que da su vida por un programa absoluta-

mente importante para él (por ejemplo como prueba de que el buen Dios, que él anuncia, quiere mostrarse absolutamente solidario con los pecadores). Sin embargo, el "testimonio" que presta Jesús "por la verdad" (Jn. 19, 37), muestra otra estructura que le presentada hasta aquí: ella es parte de su ser prueba, que la verdad que El señala no es subjetivamente, sino objetivamente verdadera. Esto debe mostrarse ahora.

El testimonio de Cristo

El Apocalipsis lo llama el "testigo fiel" (1,5: 3, 14), y Jesús dice de sí mismo: "Mi testimonio es (objetivamente) verdadero" (Jn. 8, 14). En su testimonio pueden distinguirse dos cosas: primero el conocimiento de la cosa, que El atestigua, luego la posibilidad de verificar la afirmación.

El atestigua primero, que El no conoce lo atestiguado de oídas, sino por propia experiencia. "Nosotros hablamos de lo que sabemos, y atestiguamos lo que hemos visto" (Jn. 3, 11). "Quien es de Dios, ha visto al Padre" (6, 46). "Yo hablo de lo que he visto en el Padre" (8, 38). En lugar de "ver" puede ponerse también "oír", "percibir" (3,32; 8, 26.40; 15, 15), con esto se coloca en la serie de los profetas, pero a la vez está sobre ellos con su "ver" y "oír". Ello en cuanto que no sólo ve y oye de lo celeste, sino que expresamente viene del cielo (3, 13), y esto no (como en los Apócrifos) como el Hijo del Hombre tenido allí oculto, sino como la Palabra sustancial de Dios, que "con el Padre es uno" (10, 30), Dios como él mismo (y no un profeta, 1, 1). Esto dice El de sí como hombre; de ahí la estupefacción de los oyentes ("¡blasfemia!", 10, 33). Para poder recibirlo como testigo verdadero, deberían tenerse como válidas las dos verdades fundamentales cristianas: la Trinidad en la unidad divina, y la Encarnación del Verbo de Dios, de modo que cada manifestación de ese hombre no valdría sólo como una afirmación sobre Dios, sino de Dios mismo. Sólo a partir de esto es claro que la muerte de Jesús (en el desamparo de Dios) puede ser no sólo otra cosa que un testimonio subjetivamente verdadero, sino también un aspecto esencial de lo mismo que es objetivamente atestiguado: "Dios ha amado tanto al mundo, que ha dado (por él) a su mismo Hijo" (Jn. 3, 16). Sólo a partir de esto es comprensible que Jesús pueda llamar a su testimonio tanto doble como único, porque El como Verbo del Padre atestigua su amor para el mundo y, a la

vez, como manifestación (divina) del Padre, tiene en sí ese amor que presenta en forma corpórea y muriendo (5, 31s.=8, 14-18). Aquí es también visible la superioridad de este testimonio sobre todos los testimonios que lo complementan: sobre Moisés y los Profetas, sobre el Bautista que ciertamente es la “voz” pero no el “Verbo de Dios”, testimonios que Jesús mantiene en su validez —son útiles para otros— pero de los que El no necesita para confirmación (2, 25; 5, 34). Porque El da testimonio del amor del Padre con toda su humanidad —palabra, obras, pasión y muerte— puede este testimonio total ser la ocasión de que se la quite de en medio. Sin embargo, ello como tal no es suficiente para la aceptación; se pide algo de divino para convencer al hombre de la validez de ese testimonio total, algo que nos “permita conocer, que ello ha sido dado a nosotros por Dios” (1 Cor. 2, 12): el Espíritu Santo, que nos ha sido dado como testigo junto con “el agua y la sangre” (“Son tres, los que dan testimonio” (1 Jn. 5, 7) y el que es designado como el “más grande testimonio de Dios” (1 Jn. 5, 9), que también con el nuestro “atestigua juntamente” (*sym-martyrei*, Rom. 8, 16).

Si se pregunta por la posibilidad de verificación del testimonio de Jesús, esto equivale a repetir que en la intuición sin el Espíritu divino Aquél no obra convincentemente. Porque Jesús se designa siempre a sí mismo como el único que ha visto al Padre, sus afirmaciones sólo pueden ser verificadas en El. Momentos que eran al unísono la única unidad en El de majestad y humildad —majestad en cuanto que El, uno con el Padre, habla “como uno que tiene autoridad”, es llamado por los discípulos “Señor y Maestro”, finalmente “mi Señor y mi Dios”; humildad, en cuanto rechaza todo honor a su persona, porque El sólo transmite obedientemente la Palabra del Padre—, luego la manera como él “gesticula con toda su existencia” (una expresión de Kierkegaard sobre Crisóstomo), muestra la credibilidad de sus palabras con sus obras (todo su obrar, comportarse y ser) (Jn. 5, 36; 10, 25.37; 15, 24). Pero precisamente la gran “obra”, la cruz, puede ser calificada como pura necedad por la sabiduría humana (de los judíos al pie de la cruz como de los sabios paganos (1 Cor. 1, 23 ff.), y la debatida resurrección resulta sólo “de testigos predeterminados por Dios” (Actos 10, 41). Porque recién con la muerte y resurrección de Jesús concluye el testimonio del amor de Dios al mundo, constituye la verificación del acontecimiento de Pascua —el ver, el oír, el palpar al resucitado— la cre-

dibilidad final, de lo que quiso atestiguar toda la existencia de Jesús, por lo que el testimonio de aquellos que han experimentado esos sucesos, ha llegado a ser el punto de partida inalienable de la fe cristiana. Lucas es, como hemos visto, especialmente formal sobre el punto. Ciertamente, se ha dado incoativamente antes de Pascua fe legítima a los milagros realizados por Jesús o —como en el reconocimiento de Pedro— pueden escucharse permanentes promesas. Pero como Jesús antes de la cruz sólo incoativamente ha podido prestar su testimonio —de ahí su espera impaciente de la plena hora de consumación (Lc. 12, 50)— así también la fe de los discípulos, como del pueblo, como de paganos aislados, sólo puede primero ser incoativa.

Había fe de individuos. En cambio, el testimonio pleno sólo puede ser social —universal (es decir eclesial)—, porque la cruz como prueba del amor de Dios por el mundo era algo que abarcaba al mundo y por tanto fundado en la comunidad. Las apariciones de Pascua —también las dirigidas a individuos— se remiten todas a la comunidad de los discípulos; con la Cruz y la Resurrección se funda la Iglesia. La concesión —en Juan— del Espíritu en Pascua es indispensable para la capacitación de los apóstoles como testigos, aún si su misión oficial —en Lucas— recién tiene lugar en Pentecostés.

Si el ver - oír - tocar al Resucitado parece sólo concerniente a la humanidad de Jesús, es al mismo tiempo verificación de su ser Dios y, por tanto, de la verdad de su pretensión de ser el Verbo sustancial de Dios: Tomás con razón prorrumpe al tocar las heridas en la exclamación: "Señor mío y Dios mío". Si este relato contiene también una condensación típicamente joánica (debe haber sido necesario un tiempo para que la intuición lograda llegara a formularse), lo mismo sucede con la totalidad del Evangelio: si no hubiera existido desde el comienzo una "cristología implícita", nunca hubiera llegado a existir la explícita.

Una nueva afirmación puede ser probada: yo puedo averiguar en una oficina de viajes si el interesado estaba realmente en Melbourne. Por el contrario a quien atestigua: "Yo te amo" (o también "esto lo he soñado la última noche"), yo debo creerle. En la declaración de amor se verifica el testimonio de un comportamiento existencial total. Un amor conyugal se muestra como verdadero en largos años de fidelidad. El más importante testimonio de la historia del mundo, el testimonio de Jesús de haber

sido enviado por el Padre, puede sólo ser creído (con buenos fundamentos) o ser rechazado (con fundamentos insuficientes). “Si vosotros no creéis que yo soy esto, moriréis en vuestros pecados”. “¿Quién eres tú entonces?” “¿Por qué hablo todavía con vosotros?” (Jn. 8, 24f). Por eso: “Han recibido mi palabra, también recibirán la vuestra; me han seguido a mí, también os seguirán a vosotros” (Jn. 15, 21.20). “Bienaventurados vosotros, cuando se os desprecie por causa de mí, y se os persiga y se diga de vosotros toda clase de mal” (Mt. 5, 11). Donde Jesús no encuentra ninguna fe se aparta, y enseña a sus discípulos a hacer lo mismo (Mt. 10, 14). Pero la incredulidad está llena de consecuencias para el que rechaza, porque se presupone, que en el testimonio de Jesús (y en el testimonio autorizado sobre Jesús) reside su propia y suficiente verificación —para aquel que es capaz de ver, y por tanto de creer.

El testimonio en favor de Cristo

Está incluido en el testimonio arquetípico de los que han convivido con lo atestiguado (no sin fe). Para Lucas los testigos originarios son los Doce, que desde un principio llama los Apóstoles. “El oficio de apóstol para Lucas está acuñado en primer lugar por el concepto de testigo” (N. Brox). Por ello no es de admirar, que Pablo refiere a Lucas que su pretensión de ser apóstol, deriva de haber visto a Jesús y de la misión que le encomendara. También Esteban es llamado apóstol en un lugar (Hechos 22, 20), porque él al morir había visto a Jesús a la diestra de Dios. En su epístola Pedro se llama “testigo del padecimiento de Cristo” (1 Pedro 5, 1). Y el mismo Juan, en quien el concepto de testigo de Jesús encuentra un sentido muy abarcador, a saber, que él era testigo ocular de la herida del costado de Jesús. “Lo que ha visto, eso atestigua. Y su testimonio es verdadero; él sabe que dice la verdad, para que vosotros también creáis” (19, 35). De modo concordante en la epístola: “De lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que nuestras manos han tocado, os damos testimonio y anunciamos a vosotros”: de modo señalado “la Palabra de la vida”, “la vida eterna” (1 Jn. 1, 2). “Este es el discípulo que esto (que ha presenciado) atestigua” (Jn. 21, 24). Pero también el Bautista atestigua algo que ha visto (Jn. 1, 34), la samaritana atestigua en la ciudad, lo que ha experimentado (4, 39), igualmente el servidor de los fariseos (7, 46), el pue-

blo en la resurrección de Lázaro (12, 17). De todos estos se diferencian aquellos que Jesús ha designado como testigos: “Vosotros seréis mis testigos de esto” (Lc. 24, 48). Testigos activos ciertamente sólo cuando lo sean juntamente con el Espíritu Santo que atestigua (id. 49: “el será testigo de mí, y vosotros también serán testigos, porque habéis estado conmigo desde el principio”, Jn. 15, 26 ff.).

¿Cómo se debe transmitir y divulgar el testimonio a los que vengan a continuación, que no han visto, oído y palpado por sí mismos? Esto sólo es posible cuando ellos con su fe viva conservan, no sólo algo de lo dado con la visión a los primeros testigos (así claramente a Juan, que transmite a los que han de venir algo de su “manera de ver”, como F. Mussner ha mostrado), sino algo de la visión originaria del mismo Jesús, que a partir de su eterna visión del Padre ha formado la fe cristiana. Toda fe viva, toda auténtica contemplación de Cristo (piénsese en las consideraciones de los Ejercicios de San Ignacio) lleva en sí ese momento. Tomás de Aquino lo reconoce expresamente, cuando describe a la fe viva como una anticipación de la visión eterna, lo que es confirmado expresamente por la epístola de Pedro: “Cristo en el que creéis sin verlo todavía, en el que os regocijáis con una alegría indecible y plena en cuanto alcanzáis por anticipado el objeto de vuestra fe, la beatitud, la salvación de las almas (1 Pedro 1, 7-9). De modo decisivo es aclaratorio igualmente el ejemplo de los profetas, que en su busca de lo que ha de venir anticipan esos acontecimientos de salvación.

Pero además de ese momento se presenta otro, fundado en la doctrina y exigencia de Jesús: el de la imitación de la Pasión. Para Pedro, la Pasión de Cristo ha sido el sobrellevar del pecado del mundo (“por vosotros”: 2, 21; “por los pecados”: 2, 24), de modo que para los cristianos el tener que sufrir injustamente es más que una disposición ascética subjetiva, es expresamente una imitación “de la huella del modelo” (2, 21). Y así el paso por la vida de Cristo llega a ser una parte del “ajuste de cuentas por la esperanza que alienta” (3, 15): “Avergüenza a los calumniadores”, que de ese modo “son frustrados” (3, 16).

El tema es desarrollado en las epístolas de Pablo ampliamente y desde todos los ángulos. Su existencia de dolor es —juntamente con su experiencia de Damasco— otro puntal de prueba de la legitimidad de su testimonio apostólico. No sigue sólo a un modelo que lo ha precedido en el tiempo, sino padece en y

para y con Cristo, y aquí reside (aun más que en la vivencia de su conversión) para sus comunidades la prueba de la verdad de lo que atestigua. Lo que resuena en la epístola de Pedro, es aquí la prueba central de la posibilidad de comprobación de lo que desarrolla en su testimonio. El es plenamente consciente de la paradoja de esta demostración, por ello la presenta como una "locura" (2 Cor. 12.13). Pero va más lejos que este "seguir las huellas" lo concentra en un "seguir a otro": "Yo me alegro en mis sufrimientos por vosotros y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia" (Col. 1, 24). Sufrimientos corporales pero aún más espirituales: menosprecio, fracaso, escoria del mundo, ser "descalificado" por la comunidad (2 Cor. 13, 7) —aquí ve él la prueba eclesial de que el destino terrestre de Cristo no sólo se confirma en él, sino que es realmente continuado. Lo sustitutivo se muestra en que él en la debilidad de Cristo en la cruz ve por anticipado la fuerza de su Resurrección, y por tanto en su ser crucificado (el de Pablo) espera la manifestación del poder de resurrección de Cristo para su obra; más aún puede conocer: "En todo tiempo llevamos en nuestro cuerpo los sufrimientos mortales de Jesús, para que la vida de Jesús se haga visible en nuestro cuerpo... Así la muerte hace su obra en nosotros y la vida en vosotros" (2 Cor. 4, 10.12; comp. 13, 3-4). La fecundidad comprobable de los sufrimientos apostólicos es para Pablo la demostración de su testimonio. El es, como todo testigo, librado a la libertad del que la recibe. Para él mismo y los que están unidos a él su testimonio es "abierto", para los incrédulos, cuya visión ha sido cegada por el dios de este mundo, queda "cubierto" (2 Cor. 4, 3 f.). "Estás loco Pablo, tu gran saber te hace perder la cabeza" (Hech. 26, 24).

Pablo exige de sus seguidores de nuevo un testimonio de la "vida". "La hermosa confesión", que Timoteo en ocasión de su bautismo o consagración ha prestado "delante de muchos testigos", es ahora mismo puesta en paralelo con el "magnífico testimonio" de Jesús ante Poncio Pilatos: es también testimonio en la vida y la muerte (1 Tim. 6, 12 f.). Para Pablo es consecuente a la invitación a participar en "mis sufrimientos por el Evangelio sostenido por la fuerza de Dios" (2 Tim. 1, 8).

Resta aún el Apocalipsis con su amplio concepto de testimonio. Primero es Jesús mismo el "testigo fidedigno" (1, 5), pero por Él son capacitados tanto los profetas como los apóstoles (Juan antes que todos), para ser sus testigos, a la manera de dos

páginas de una única declaración testimonial. Nuevamente son ambos elementos de ese testimonio unidos inseparablemente: visión originaria y prenda de vida hasta en la muerte. Este depósito de testimonios (*martyrion* o *martyria*) es, en este libro, ya totalmente próximo a lo que la palabra *martyrium* significa para nosotros. Pero también aquí se ordena la única visión del vidente de Patmos a la Iglesia del Cordero, como muestran las siete cartas.

Con esto ha de tenerse en cuenta el tema de la Antigua como de la Nueva Alianza: los profetas son testigos de Dios para Israel, los “apóstoles y profetas de la Nueva Alianza (Ef. 2, 20) son testigos en la Iglesia, para ella y su misión en el mundo, ellos son comprobables “como el oro probado en el fuego” (1 Pedro 1, 7). Pero precisamente el fuego del sarcasmo y de la persecución es, según la visión cristiana, lo más fecundo en el testimonio: él puede abrir las puertas cerradas del rechazo desde dentro, mediante el Espíritu que es fuego.